

Victoriano Lillo

Los memorialistas

A PROPOSITO DE "GENTE DE MI TIEMPO", DE LUIS
DURAND

I



N artículos anteriores nos parece haber manifestado la extrañeza que sentimos por la falta de memorialistas en un país de historiadores, como es el nuestro. En efecto, son bien pocos los escritores chilenos que nos han contado, en forma declaradamente autobiográfica, sus experiencias vitales: aventuras, alegrías, dolores, desengaños, dejando así a los historiadores huérfanos de la ayuda que tales memorias significan cuando sus autores tienen, en verdad, alguna importancia. El más famoso de nuestros memorialistas fué, sin duda, don Crescente Errázuriz que, en *Algo de lo que he visto*, nos habla, como diría Fidel Araneda Bravo, *de omni re scibili, et quibusdam aliis*. (De todas las cosas que pueden saberse y de algunas otras). Esas memorias no temen describirnos como eran, en la juventud de don Crescente, las comisiones de volantines, el régimen de los estudios, los castigos que se daba a los estudiantes. Todo ello con tanto interés y amenidad como los puestos en el relato referente a circunstancias importantes relacionadas con don Joaquín Larraín Gándara-

rillas, el obispo Valdivieso, don Rafael Fernández Concha, don Mariano Casanova y otros graves hombres. Lo que nos parece extraño en personajes de tantas campanillas y de ceño tan adusto como lo fué don Crescente, ha sido habitual en las memorias de algunos próceres europeos —políticos, economistas, escritores, cortesanos— que están llenas de toda clase de minucias. Como se sabe, las memorias en general hallan principalmente ejemplos en las de los siglos XVI y XVII de Francia. Los nombres de Roberto de la Marck, de Agripa de Aubigné, de Pedro de l'Etoile, de Brantôme, de Rochefoucauld y, especialmente, del cardenal de Retz y de Saint-Simon prestigian el género, aunque desde el punto de vista moral el del cardenal Retz está lejos de hacerlo. Lo que los historiadores que les siguieron deben a estos memorialistas no será nunca bastante enca-recido (1). Esto no obstante y andando el tiempo, que todo lo modifica o desbarata, el sentido general de la biografía y de la autobiografía cambió muchísimo. Maurois, que las estudió en un libro ya clásico, creyó fijar sus nuevas reglas de una vez para siempre. Algunos de sus apotegmas fueron, sin embargo, muy controvertidos, como aquel que dice que "todo hombre es más grande que su retrato, un paisaje que el cuadro que lo representa y los hechos más grandes que cualquiera narración que nos los dé a conocer". Personalmente y por causas que sería largo exponer en un artículo necesariamente breve, preferimos atenernos a lo que dice Arthur Koestler en el primer tomo de su autobiografía, libro admirable titulado *Arrow in the Blue*, que ha sido traducido hace muy poco al castellano con el nombre de *Flecha en el Azul*. Respondiendo al por qué la gente escribe autobiografías, el gran húngaro dice que son dos los motivos inductores principales: "el primero podría llamarse "el impulso del cronista". El segundo cabría ser denominado "el motivo del *Ecce Homo*". Ambos impulsos surgen del mismo manan-

(1) Llevando las cosas un poco lejos, Garin, personaje de Malraux en "Conquerants", pág. 86, pregunta: ¿Qué libros valen la pena de escribir fuera de las Memorias?

tial de toda la literatura: el deseo de compartir con los demás nuestras experiencias y mediante esta comunicación íntima, trascender el aislamiento del ser". Esto por lo que hace a los motivos determinantes. En cuanto a la tarea misma de escribir una autobiografía, está llena de trampas y dificultades. Por un lado —dice Koestler— tenemos la crónica almidonada de los figurones; por otra la turbadora desnudez de los exhibicionistas (2). Queda todavía "la Falacia del Hombre Insignificante". Una gran cantidad de escritores de memorias tienen tanto miedo de aparecer vanidosos, que se presentan a sí mismos como los hombres más insignificantes de la tierra. La falacia del hombre insignificante requiere que la primera persona del singular (3) aparezca siempre en una autobiografía como un individuo tímido, contenido, reservado, descolorido; y el lector se pregunta cómo se las arregla para conseguir tantos amigos, para estar siempre rodeado de personas interesantes, acontecimientos importantes y complicaciones sentimentales. Pero al mismo tiempo, por supuesto, el hombre insignificante es un ejemplo de tranquila responsabilidad y reservada decencia; si confiesa ciertas faltas es simplemente una prueba más de su modestia. Finalmente y ésta sí que es una regla que no se debe ni se puede transgredir, el autobiografista "tiene que tener el coraje, no tan evidente, de incluir aquellas experiencias que lo muestran bajo una luz favorable".

En el caso de Durand creemos que los motivos que le impulsaron a escribir su autobiografía —como literato— radican en las determinantes que Koestler llama el *impulso del cronista* y el *motivo del ECCE HOMO*. Quienes le conocen a través de muchos años

(2) Desde la famosa frase de Pascal —"le moi est haïsable"— cuya sombra cohibe cualquier conato de efusión confidencial en los espíritus pudorosos, ha llovido mucho; quiero decir se han desvestido legiones de "yos" en todas las actitudes, con muy diversas intenciones, y el desnudismo mental ya no suscita reparos ni cálculos. "Guillaume Apollinaire", por Guillermo de Torre.

(3) Resulta incuestionable que pocas cosas interesan tan apasionadamente —dice Guillermo de Torre— en "La aventura y el orden", como aquellas que están contadas en primera persona.

podrán asegurar que no es ni figurón ni exhibicionista. En cuanto al hombre insignificante no puede aparecer en quien, sin duda, tiene de su persona una valorización muy exacta. A este respecto, permítasenos una anécdota que puede contribuir a un mejor conocimiento de la personalidad de Durand en relación con lo que se acaba de afirmar. Hace mucho tiempo —quince o veinte años— se ofreció a Augusto d'Halmar un gran almuerzo en el hotel Lebell. Ya no recordamos el motivo de tal homenaje; pero podemos asegurar que resultó lucido, como que asistieron a él no menos de ciento cincuenta personas. El festejado, según la costumbre que todos le perdonábamos por aprecio a su labor literaria y por cariño a su persona, sólo habló de sí mismo: de sus libros, de sus viajes, de sus relaciones con personajes importantes de todo el mundo. Lo hizo —no habría que decirlo— maravillosamente. Después de él siguieron usando y abusando de la palabra multitud de oradores. Por fin el *toast master* pidió a Luis Durand —que entonces no tenía la fama actual, fama debida a sus muchos libros y a la calidad de ellos— que cerrara la manifestación. Empezó todo encogido, como en contraste con la actitud y prestancia de gran actor que tenía d'Halmar, diciendo que bien poco podía agregar a lo ya dicho, quien, como él, se había criado entre *bueises* allá por las tierras del sur. En un lenguaje *acam-pao* siguió contando sus experiencias de la vida en la Frontera y sus diversas pellejerías hasta llegar a la capital donde, con toda humildad, se estaba haciendo un huequecito entre los escritores. Poco a poco habían cesado todos esos ruidos propios de un almuerzo que está en sus postrimerías, cuando ya nadie quiere escuchar a los últimos oradores. Durand había conseguido interesar al público y se estaba haciendo mañosamente —como un huaso cazurro— el hombre insignificante de que habla Koestler. Se robó, pues, la película con su talento de narrador que ahora nadie le discute. Por cierto que fué aplaudido a rabiar. Es la única vez que le hemos visto en ese papel y lo hizo con tal eficacia, simpatía y oportunidad que no cabía reprocharle. Vengamos ahora a *Gente de mi Tiempo*.

* * *

No pretendemos hacer un análisis exhaustivo de este libro sino más bien glosar lo que ya han dicho sobre él cuatro escritores chilenos muy representativos, aunque todos de distinta cuerda. Ellos son, por el orden en que se preocuparon de la obra de Durand: Aloyne, Fidel Araneda Bravo, Antonio de Undurraga y Juan Marín. Pero antes convendría decir algo acerca de la tendencia general que define a este escritor. Hay quienes creen que la literatura ha sufrido, en los últimos quince años, una transformación radical en el sentido de su trascendencia, transformación que supera en importancia a cuanto con ella aconteciera anteriormente. Según esto, por lo que hace principalmente a la novela y a la biografía, no se trata ya solamente de entretener, de ser ameno. El escritor actual no puede substraerse a los problemas del momento y debe *comprometerse*, tomar partido en lo social, en lo político, en lo económico. Se ha inventado hasta un nombre para el escritor que vive al margen de las inquietudes de su tiempo y se le llama *escapista*. Hay, pues, una novela escapista: la que prescinde, como hemos dicho, de los movimientos sociales, de las contradicciones económicas, de los cambios políticos para pintarnos sólo los afectos o desafectos espirituales, intelectuales, emocionales, las intrigas familiares, las ambiciones, cuanto formó, en una palabra, hasta hace poco, la textura habitual de este tipo de literatura. Hay también una biografía escapista que sitúa al personaje en el seno de su familia y de su tiempo completamente desasido de las preocupaciones e inquietudes generales de la época y entregado sólo a lo que constituyó su preocupación dominante: literatura, milicia, comercio, deportes. Se salvan los políticos por la índole misma de su actividad pública. Nadie podrá negar que la literatura de compromiso es un hecho cierto. Dos guerras, con los horrores consiguientes: campos de concentración, cámaras de gases, bombardeos indiscriminados, mercado negro, prostitución y miseria han hecho que los escritores profundicen en el

origen de tantos y tan terribles males, saquen deducciones y se afilien o mejor dicho se comprometan, sea con la derecha sea con la izquierda. Sin embargo, tenemos —hecho paradójico— que católicos como Bernanos y Graham Greene coincidan en puntos que parecía debían separarlos verticalmente con ateos como Malraux y Camus: el de que la sociedad de Occidente “se balancea al borde de la disolución”, por ejemplo, o el de que el hombre de hoy, admirador de la técnica y de la ciencia, padece de una especie de sordera o ceguera ante ciertos valores de la sensibilidad espiritual y del arte, o el de que todos vamos camino de un mundo uniforme en que el *confort* y por ende de la riqueza y los bienes materiales constituyen las únicas metas. A la literatura comprometida suele dársele también el nombre de literatura prometeica. Y es que cada uno de sus cultores parece llevar el buitre mitológico al costado. Así tenemos a André Malraux con su dolorosa preocupación por la dignidad humana. A Bernanos con las desgarraduras de su conciencia de católico. A Jean Anouilh con su ahincada búsqueda de la pureza. A Sartre con las penurias de su libertad. A Mauriac sufriendo con los demonios del fariseísmo (4). Y a todos con las *náuseas* de este tiempo. En Chile estamos lejos todavía de todo eso, aunque la inflación y sus miserias nos lleven poco a poco hacia el mismo camino. Durand, como hijo del Agro, como hombre fundamentalmente sano y optimista, parece más alejado que muchos otros, los novelistas de la ciudad, por ejemplo, de la literatura prometeica, que nos irá ganando paulatinamente, al principio por *snobismo*, después, por responder ella a realidades que se irán manifestando en la vida nacional.

II

En la primera parte de este artículo nos propusimos comentar cuatro críticas hechas al libro de Luis Durand por cuatro escritores

(4) Ver “La Révolte des écrivains d'aujourd'hui” (Indice) por René-Marril Albérès.

nacionales de muy distintas tendencias. Ellos son: Alone, Fidel Arana Bravo, Antonio de Undurraga y Juan Marín. Empieza Alone haciendo un retrato de Durand cuando éste era muchacho. Le pinta gordo, rosado, miope y con bastón. Este muchacho se detenía de preferencia en las vitrinas de las librerías y de las chancherías. Sabido es que Alone es capaz de perder un amigo por estampar un juicio risueño, así le llamaremos por no decir ligeramente mal intencionado. Pues bien, en este caso asegura que Durand se detenía más tiempo en las vitrinas de las chancherías que en las de las librerías y aún agrega —*in cauda venenum*— que después permanecía pensativo... En cambio lo que sigue, referente a los muchachos que en las ciudades provincianas sienten aficiones literarias, está perfectamente observado y perfectamente descrito. "Las víctimas —dice Alone—, víctimas de este morbo, forman una especie de masonería en la que, desde lejos, se reconocen y acechan a menudo con timidez porque su idea del mundo es fabulosa. Todo lo ven grande, raro y como con secreto. Le entremezclan cantidad de seres imaginarios, y, a los seres reales, sin excluirse ellos mismos, les agregan posibilidades mágicas". Siguen algunas observaciones, muy justas por lo demás, acerca de la vanidad literaria para afirmar, después que "casi todos los escritores chilenos actuales van a estar contentísimos con este libro de Luis Durand, quien no deja a ninguno sin su porción de golosina". En lo que coincidimos con Alone es en la calidad de la narración de nuestro autor cuando sus recuerdos se refieren a tiempos ya muy retirados, como a su vida en Traiguén, por ejemplo, que, paradójicamente, describe con más vigor que los posteriores. Muy bien logrado está igualmente el relato de la desesperación del muchacho lector que no encuentra, en el círculo de sus relaciones inmediatas, más libros que leer. Los que en nuestra niñez y primera juventud pasamos por ella, sabemos de las verdaderas cacerías que era necesario hacer para conseguir los folletines de los diarios que algunas señoras recortaban y pasaban de mano en mano hasta su total desintegración. Eso de "manda a decir mi mamá que le haga el servicio de prestarle una novela y que se la va a cuidar mucho" lo

hemos oído todos los muchachos chilenos de clase media de aquellos años y lo recordamos con nostalgia —ahora que los libros cubren las paredes de nuestras bibliotecas y se desbordan hacia otros cuartos— cuantos, con mayor o menor éxito, le damos a la pluma. En Quillota o en Traiguén todos sufrimos, a su tiempo, igual hambre de lecturas. En cuanto al camino seguido en ellas es casi el mismo: de Los Doce Pares de Francia a Maupassant y Eça de Queiroz pasando por Luis de Val y Pérez Escrich. En años posteriores tuvimos las novelas por entrega que *nos servían* unos españoles muy parlanchines. En esas entregas conocimos a Eugenio Sué y a Fernández y González. Hasta que, allá por los diecisiete o dieciocho años, nos agarraron los rusos con sus tremendas tragedias espirituales y su sentido amargo de la vida. Pero ya habíamos leído bastante como para saber discriminar sobre el valor de cada autor. Llegado al año 1927 más o menos en el correr de su vida y en el correr de las páginas de este libro, Durand empieza a preocuparse de los otros, es decir, de sus compañeros en la triste profesión de las letras. Está por entonces en Santiago ocupado en el correo. “Generoso y escéptico —dice Alone—, más dispuesto a creer en las debilidades humanas que en las maldades, echando sobre todos un barniz uniforme de cordialidad, de amistad, de nobles intenciones de cultura y de talento...” Durand está pintado en esas palabras de Alone en sus verdaderas características. Pocas veces pudo hacerse un retrato que coincidiera más con su original, como si quien lo hizo quisiera hacerse perdonar aquello de las patitas y de las cabezas de chanco que tanto preocupaban al muchacho de Traiguén... El comentario de Alone sigue después relatando algunas de las muchas anécdotas que se cuentan en el libro. Con respecto al Premio Nacional de Literatura —que nadie en verdad se explica por qué este excelente escritor no lo tiene desde hace tiempo—, Alone asegura que “siempre algún amigo, algún admirador fiel, miembro del Tribunal, ha creído que el premio lo merecía otro”. Alone termina refiriéndose a la falta de aliño en la prosa de Durand; pero señala también valores capaces de compensar aquella falta.

En el orden de las críticas al libro de Durand con respecto al tiempo, sigue la de Fidel Araneda Bravo, quien señala, para empezar, el hecho de que por ser al autor poco amigo de curas y frailes bien pudo eximirse de hacerla. A lo que parece se extraña un poco de que con él haya sido siempre sincero y bondadoso elogiando sus artículos en "Atenea". Lo que olvida Araneda Bravo es que la inmensa mayoría de los librepensadores prescinden en sus juicios de las sotanas cuando se trata de reconocer el talento y de que son precisamente éstos —los librepensadores— quienes leen con mayor interés y con mayor frecuencia a los místicos españoles, por ejemplo, lo que nos consta, personalmente. "Es de toda evidencia —dice el crítico de la "Revista Católica", comentando este libro— que no se trata de algo profundo; pero tampoco es baladí, por lo menos en general, sino una obra de la que, con todos sus defectos, sobre todo de sintaxis, tendrá que echar mano el futuro historiador de la literatura vernácula". A la vuelta de algunas citas del libro, que confirman sus aseveraciones, Araneda Bravo se acuerda de su profesión y, fértil en latines, nos larga algunos para demostrarnos que es falso que del mal se sigan bienes. Se detiene después sobre una afirmación de Durand —aquella de que Mariano Latorre lee tan rápido como los curas el Breviario—, afirmación que evidentemente le molesta, a pesar de que son muchos los espíritus observadores que comprueban diariamente esa ligereza, como de formulismo que hay que despachar pronto, con que muchos, muchísimos sacerdotes hacen no solamente la lectura del Breviario sino de las oraciones del ritual de matrimonios, funerales, bautizos, etc. Lo que molesta incluso a los no creyentes. Termina nuestro crítico dejándosele caer al autor por el tubo digestivo de la gramática —como dijo el otro— al reprocharle el abuso del pronombre relativo y conjunción "que", del reflexivo "se" y de los artículos "la" y "el". Sus últimas líneas atemperan un tanto ese juicio pintando en Durand a un hombre "inteligente, sincero, afectivo y muy humano" que "escribe poseído de una suave dulzura que lo invade por entero".

Antonio de Undurraga, el tercero de los críticos a que nos vamos refiriendo, empieza por señalar el hecho de que *Gente de mi Tiempo* sea la décimoséptima obra de Durand. Es, en realidad, cosa digna de estamparse. Para quienes hayan pasado por las mil dificultades de la edición chilena, llegar a ese número significa algo heroico. Porque lo curioso es que, puestos a escoger entre un libro extranjero y uno nacional, no hay duda que el editor nuestro —tal vez con una sola honrosa excepción— escoge el extranjero, aun tratándose de libros rematadamente malos. Con relación a *Gente de mi Tiempo*, Undurraga cree —debe saberlo— que Durand calla muchas cosas. “Ha censurado su crónica —dice— rigurosamente, por dolor íntimo, por anchura de corazón y sentido paternal. En esta forma, ha enriquecido su relato, pues lo ha desplazado irremediabilmente, hacia el humorismo, salvavidas espiritual que evita el rencor que paraliza”. Aquí —y en un paréntesis— debemos decir que no compartimos el juicio de Undurraga sobre el humorismo, a lo menos sobre el humorismo moderno porque, si bien es cierto que Rabelais dijo: *Riez, riez, car le rire est le propre de l'homme*, Robert Kemp ha estampado no ha mucho en *Les Nouvelles Littéraires* que la risa tiene hoy, como el alcohol, despertares de náuseas. Decimos esto porque la ligera ironía de Durand —que en ningún caso se traduce en risa amarga— no está ahí por no manifestar rencor. Si a Durand le duele y muy hondamente la merma de la fraternidad y la amistad es porque siente que se vaya perdiendo en Chile “ese gran sentido castellano y latino que hizo decir a Jorge Manrique de su padre: *qué amigo de sus amigos*”. Durand es eso, amigo de sus amigos y lo es en tal manera que ha estampado sobre Alessandri juicios que están muy lejos de compartir la mayoría de los chilenos. En cambio lo que dice de Enrique Molina sí que es justo y verdadero.

No hay duda que es Juan Marín, el cuarto de los críticos considerados en este artículo, quien, a nuestro juicio, ha andado más “cerca de la quemada”, como diría el propio Durand, en esto de la valorización de *Gente de mi Tiempo*. “Durand —dice, el es-

critor, médico y ex diplomático— se ha colocado a la cabeza de la actual generación de novelistas chilenos en lo que a fecundidad se refiere; ya estaba en la primera fila en algunas otras virtudes y cualidades. *Gente de mi Tiempo* —sigue— es un libro directo, ingenioso, lleno de humor y de espontaneidad, de una importancia documental inmensa para los futuros historiadores o cronistas de la vida literaria chilena en esta primera mitad del siglo”. Marín aconseja, y ello nos parece muy bien, leer a continuación de *Gente de mi Tiempo*, otro libro del mismo autor: *Paisajes y Gentes de Chile*, donde se encontrará —dice— “el anticlimax de la calle Ahumada; lo primitivo y simple del alma colectiva chilena”. Hace notar el crítico, también con mucho acierto, cómo en las peores escenas y los más mezquinos caracteres que Durand nos entrega en sus obras, aparecen inofensivos, inocentes, moviendo más bien a piedad que a ira, a compasión que a venganza, los personajes que trae a cuento. Y esto cree él y creemos nosotros es como un reflejo del buen espíritu de Durand. Se ha dicho que “comprender es perdonar”. Nuestro autor, por mucho comprender, está siempre también dispuesto a perdonar. Si emplea la ironía, esa flor de la civilización como alguien la llamó, es precisamente porque la que él practica no hierre. Para terminar y después de dejar anotadas por similitud nuestras preferencias en este libro, nos atrevemos a formular un deseo. Y es el que de todo escritor chileno que haya alcanzado la fama de Durand escriba también sobre la gente de su tiempo. Así conoceremos, desde distintos ángulos, el espíritu de los que están dando a Chile en el extranjero más prestigio que sus políticos y sus deportistas. El interés creciente del público por las memorias hará de éstas un negocio seguro para los editores. No se olvide que los *journaux intimes* de Biran, de Amiel, de Du Bos, de Gide, de Green, en lo moderno, como los de Pepys, de Kierkegaard, de Bennett, de Kafka, de Hawthorne, en épocas ya más retiradas, consiguieron despertar el interés de los mejores lectores. Se trata, en ellos, de una especialidad literaria apasionante que se relaciona con la caracterología, con la historia y con otras disciplinas intelectuales. Michele

Leleu, que ha escrito un libro interesantísimo sobre la grandeza y miseria del memorialista; sobre las relaciones de la memoria y la personalidad de quien la escribe; sobre las diferencias tanto formales como sutiles que resultan en la redacción del diario y su naturaleza misma; sobre los fines y peligros de esta literatura; sobre la sinceridad real o supuesta de las afirmaciones que se estampan; sobre su interés documental, etc., parece sintetizar, es una frase, el resultado de sus investigaciones. Toda memoria, *todo journal* —dice—, es una revelación para quien sabe comprender. Durand se nos revela, a través de *Gente de mi Tiempo*, en todos los aspectos de su personalidad tan llena de humana simpatía y de talento.